

EL REGRESO DE GIRÓN



HOY las ciencias adelantan que es una barbaridad. Según una información publicada en un diario de Madrid, unos monjes benedictinos han conseguido fotografiar en Italia imágenes del pasado. Juana de Arco, Napoleón y el mismo Jesucristo en persona han «posado», digámoslo así, para las cámaras de los monacales investigadores. En España, sin llegar a tanto, y con bastante menos esfuerzo que el que dicen haber hecho los benedictinos italianos, los fotógrafos de los periódicos y de las agencias de prensa han podido igualmente fotografiar el pasado. Fue el otro día, jueves, 4 de mayo, en Valladolid, con ocasión de la muy sonada conferencia de don José Antonio Girón de Velasco. Hay que decir que no se trataba de un pasado corriente y mollente como el que los monjes dicen haber fotografiado en Italia. Entre nosotros el pasado tiene unas características muy especiales. «Poco vamos a hablar del pasado —dijo el señor Girón—, porque lo que nos convoca es el porvenir». Y el folleto que se distribuyó a la prensa con el texto completo del discurso llevaba un encabezamiento que decía: «España 2000».

El teatro Valladolid se encuentra en el recinto de la Feria de Muestras, al otro lado del Pisuerga. Allí tuvo lugar el acto, y no, como muchos creíamos, en el teatro Calderón, que fue donde un 4 de marzo se hizo la fusión de Falange Española con las J. O. N. S. Había banderas falangistas en la entrada y mucha

chas vendiendo libros y revistas. Como recuerdo del acto se repartían cajas de cerillas con la bandera de la Falange. Serían las siete y cuarto de la tarde cuando llegué, faltaba un cuarto de hora para que comenzara la conferencia y la explanada estaba llena de coches con matrículas de varias provincias de España, de Madrid sobre todo, algunas de ellas del parque móvil oficial. Se habían reservado para la prensa, en el interior del teatro, las butacas «de orquesta» alineadas de lado debajo de las candelillas del escenario. Desde allí, sin necesidad de volver la cabeza, podíamos ver a los que llenaban el salón y, por otra parte, estábamos muy próximos a la mesa del conferenciante. Había muchas camisas azules, no puedo decir la proporción con respecto a las camisas blancas, moda igualmente falangista desde que la Secretaría del Movimiento mandó comprar una partida de ellas. Quizá sería exacto decir mitad y mitad, lo cual daba al conjunto del salón un tono azulado, que me hacía evocar los ya lejanos tiempos de mi niñez, cuando leía a veces «Flechas y Pelayos». Entre los asistentes había muy pocos jóvenes. Fuera del local, un grupo de ellos provocó un pequeño incidente con intervención de la Policía. Eran falangistas contestatarios que no estaban de acuerdo con el acto. Pero dentro del salón y en el interior del recinto, desde donde podía seguirse el discurso a través del circuito cerrado de televisión, no había apenas representantes de esa juventud

«anhelante de heroísmo» a la que Girón hizo un vibrante llamamiento. Sin duda, la falta de jóvenes se debía a esa «desintegradora dispersión de valores» a que el orador hizo alusión en su discurso. Había, eso sí, algunos hombres comprendidos entre los treinta y los cuarenta años con el suficiente espíritu juvenil como para presentarse en Valladolid, a pesar de estar la tarde bastante fresca, sin chaqueta y con la camisa azul desabrochada y arremangadas las mangas. Pero el oyente medio era el señor de cincuenta años, calvo o de sienes plateadas, vestido de gris oscuro o azul marino, con corbata negra si había obtenido por la camisa azul y con tendencia a llevar el bigotito recortado tan característico de su generación y de su actitud ante la vida. No faltaba algún señor con gafas oscuras y, fuera del salón del teatro, entre los televidentes, había recios campesinos castellanos con camisa azul y boina. «Aquí pasa lo de siempre —oí decir a uno de ellos—, los ricos dentro y los pobres fuera». En cuanto a las mujeres, podían contarse, como se dice, con los dedos de la mano.

Antes de empezar el discurso, alguien leía en el micrófono, en medio del rumor de las conversaciones, textos del fundador de la Falange. Hacía un pequeño exordio decía, por ejemplo, antes de leer el texto: «Camaradas, sembradores de amaneceres, escuchad, José Antonio dijo:...». Los camaradas, sembradores de amaneceres, acogieron con una gran ovación la entrada de

Girón en el escenario. Llegó más gente, que se sentó en los pasillos, en el suelo. El escenario estaba también lleno de público. «No sé si mi garganta traicionará con un quebro de emoción —comenzó diciendo el conferenciante— la serenidad de mi voz». Y luego, tras un canto a Castilla, «Circunstancia comprometida» y «Ara diáfana de España», afirmó que «Vengo a hablaros de verdades absolutas. Lo haré como corresponde a nuestro estilo, sin dogmatismos ni engolamientos». Girón tiene una voz grave, una voz con vocación de mando. Lee admirablemente, y no digo esto en detrimento de su facilidad oratoria, porque el discurso del otro día, dadas las actuales circunstancias políticas, tenía que ser leído necesariamente. Su declamación es de período largo, de frase torrencial y no pierde nunca, aun cuando hable o lea muy de prisa, la nitidez de la dicción. El otro día no se equivocó ni una sola vez en la lectura. Su potencia verbal y su vigor físico son propios de un hombre mucho más joven. «A ver quién aguanta esto a esta edad», dijo un señor cerca de donde yo estaba. En efecto, Girón estuvo hablando el otro día durante dos horas, ni un minuto más ni un minuto menos, sin que fallara en ningún momento el timbre de su voz. Terminó, el discurso, sudoroso, pero con la misma fuerza que desde el principio imprimió a su oratoria. A pesar de su longitud, el discurso mantuvo el interés del auditorio. Sólo un anciano sacerdote que yo tenía a mi lado, el dramatismo de cuya sotana

se unía la camisa azul y la corbata negra, se durmió a mitad de la conferencia. El público se mantuvo pendiente del orador y le interrumpió más de treinta veces con gritos de entusiasmo. «¡Girón, Girón, Girón!», «Estamos contigo». No faltaron otros más hondamente raciales: «¡Valiente!», «¡Fenómeno!», «¡Machote!».

Del contenido del discurso la prensa diaria ha dado amplia referencia. Algún periódico ha dicho que el 4 de mayo es el día del surgimiento de una «izquierda nacional». Gran parte de la conferencia estuvo dedicada a lo que ahora se llama «el mundo del trabajo» y al sindicalismo. «El hombre, y si es un trabajador español todavía más, tiene sed de justicia y afán de superación», dijo. Afirmó que el renacimiento de la Patria se debe al esfuerzo de los trabajadores y que «ese espectáculo está exigiendo la voz de un poeta épico». Hablando de la necesidad de armonía dentro de la empresa, a la que llamó «bandera de un Ideal» y «justificación de la existencia física y política del hombre», dijo que «Las clases sociales deben coexistir por ahora y que deben abolirse, a la larga, no por exterminación de una

de ellas a manos de la otra —según predica la doctrina marxista—, sino porque el abrazo de cooperación que las enlaza en nuestro sistema, el espíritu de solidaridad y equidad que propugnamos, haga que poco a poco se vayan mezclando y confundiendo». Esbozó la solución del problema agrario recordando una frase de Onésimo Redondo, quien, al contemplar a un grupo de campesinos en el mercado de Medina, exclamó: «Hasta que al entrar uno de esos en un café de Madrid no se ponga la gente en pie y la salute como a un conquistador, la revolución no se habrá hecho».

Se manifestó partidario de la «democracia apacible» joseantoniana, y dijo que «Mientras en España no se comprenda, empezando por la clase política, que frente al Estado todos somos uno, que frente al Estado no hay posible oposición, sino que la oposición debe ejercerse frente a la Administración, mientras no se digiera y acepte esta verdad política tan elemental, ninguna generación podrá aspirar ni en sueños a una vida democrática libre y apacible». Dentro del acatamiento al Estado y la adhesión a la monarquía («Debemos acatar y

exigir que se acate»), aspecto este del discurso del salón azul cuya significación no escapará al lector, Girón dijo que «la dialéctica del pueblo español» debe «orquestrarse en tres grandes tendencias», una progresista, otra conservadora y otra moderada. Esta parte de la conferencia dio al regreso de Girón el rango de acontecimiento nacional en la actualidad política, y así lo ha acogido la prensa de estos días. Habló también de la Universidad, «la gran fábrica llamada Universidad», donde los estudiantes son «obreros altamente especializados» a los que debía «politizarse». Hizo un canto al Ejército y arrancó grandes aplausos y ovaciones al pedir a la Iglesia que se ocupara «de la cura de almas» y dejara «los asuntos mundanos» de la política y la economía a quienes «han contraído el grave compromiso de regirlas». «¡España te necesita!», gritó alguien.

El lenguaje empleado por Girón a todo lo largo de su conferencia fue un verdadero festival para un oído atento a la evolución lingüística de la política española. Nos hizo recordar épocas algo anteriores, aunque próximas todavía, del lenguaje político al pronunciar fra-

ses como: «voces agoreras y cobardes», «las arañas de la insidia», «los enanos que se cobijan bajo los hongos de sus miserias», «el turbio manantial de la revolución soviética», o bien el «corsé demasiado estrecho para la cintura metafísica del hombre». Para terminar la conferencia dio un repaso lírico a todas las regiones españolas: «valiente, iluminada y fuerte Galicia», «el bravo Aragón, áspero y dulce», «la dura y arrogante Asturias», donde trabajan «los broncos, inteligentes y nobles mineros del carbón»; «la culta y sensible Cataluña, industriosa y artista», «la tierra verde y perfumada de Murcia», etcétera, etcétera. Había en el escenario, no lejos de la mesa del orador, entre las numerosas personas que lo habían invadido, un caballero, ya entrado en años, que desde el principio de la conferencia no pudo contener las lágrimas. Su llanto, a medida que progresaba la adjetivada oratoria gironiana, iba «in crescendo» y que se convertía en irrefrenable en algunos párrafos encendidos. Luego alcanzó un verdadero cenit cuando el orador contó una anécdota de uno a quien tuvieron que amputar la pierna y decía heroicamente: «Pierna mía, no tiembles, y si tiembles, no digas que eres mía».

Hubo muchas cosas más. Girón arrancó los mayores aplausos del discurso cuando, en un período logradísimo de torrencial oratoria, dijo que aborrecía la política «si por política se entiende, como todavía entienden algunos, un juego de habilidades personales para obtener una situación preponderante o para disponer de los caudales públicos», que maldecía la política «la hipocresía de simular virtud y de simular intenciones honestas para detrás de eso esconder la sierpe del egoísmo». «Ya era hora de que esto se dijera», comentó por lo bajo un señor cerca de donde yo estaba. Propugnó la concepción de la política como «el honesto gobierno del pueblo», «la distribución equitativa de los bienes», «la ambición legítima de capacitarse para mandar», «el deseo de contribuir a la grandeza de la Patria», y afirmó con rotundidad que esa era la política «que estamos dispuestos a servir». Y añadió, llenando el corazón de aquel auditorio de esperanza y de fe con vistas a la España 2000: «Y no ha nacido todavía quien pueda impedirnos acudir a ella, porque es para nosotros una cita sagrada e ineludible».

Se cantó el «Cara al Sol» con los brazos en alto, primero en el interior del teatro y luego a la salida, en la explanada de la Feria de Muestras. Y esta es la crónica del regreso de Girón a la política. ■ LUIS CARANDELL.

El lector podrá ver en la fotografía del salón del teatro Valladolid algunas caras conocidas: Fernández-Cuesta, José Solís, Mateu de Ros, José Antonio Elola... Se encontraban también en el acto Emilio Romero, Serrats Urquiza, Pilar Primo de Rivera, Sancho Dávila, Martínez Emperador...

